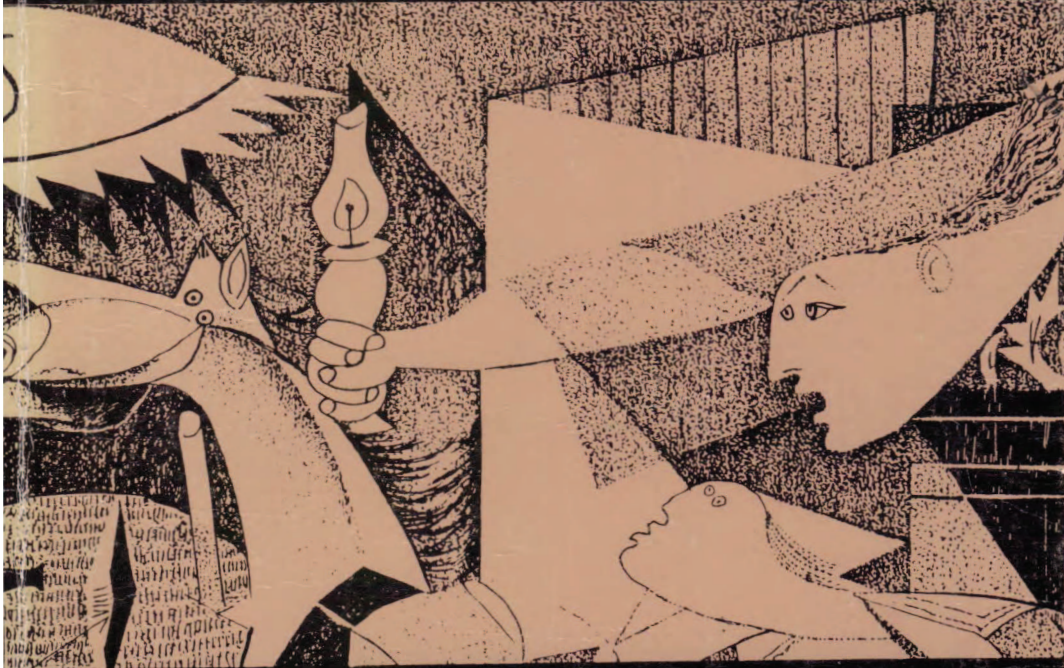
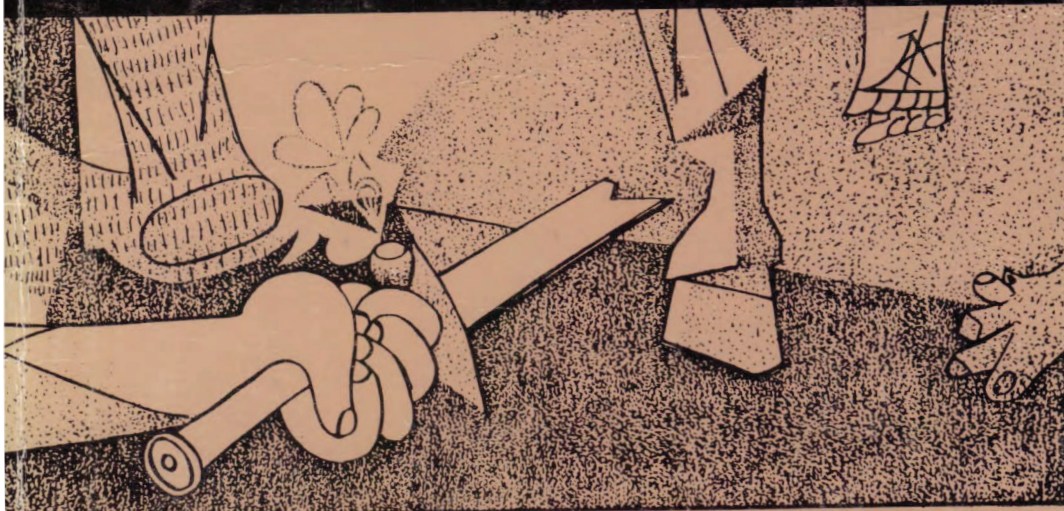


CENTRE D'ÉTUDES ET DE RECHERCHES HISPANIQUES  
DU XX<sup>e</sup> SIÈCLE

**LES MYTHOLOGIES HISPANIQUES  
DANS LA SECONDE MOITIÉ DU XX<sup>e</sup> SIÈCLE**



**HISPANISTICA XX**



UNIVERSITÉ DE DIJON

## LA DEGRADACION DEL MITO EN EL LLANO EN LLAMAS

Patricia GUZMAN  
Université d'Aix-en-Provence (France)

La obra de Juan Rulfo es una expresión acabada de una cierta forma de representación del hombre y del mundo emprendida por la literatura latinoamericana a partir de los años 30. Frente a la preocupación mayoritariamente social y política de la literatura anterior, en donde el narrador era, ante todo, un reformador, un ideólogo o un sicólogo social, la literatura contemporánea latinoamericana desplaza su centro gravitacional a una conciencia que interioriza el mundo narrativo. Este "proceso de interiorización" insiste en una visión de mundo desde la conciencia de los personajes. El acento se pone sobre la conciencia con el propósito de rastrear en ella el reflejo del mundo. Consecuentemente, el mundo narrativo se vuelve ambiguo, aparecen nuevas esferas de la realidad y nuevos modos de experiencia y de interpretación de esta realidad. Así, un subjetivismo general domina la representación. La ambigüedad de la conciencia concita la ambigüedad del hombre, de la naturaleza, del mito. Esta representación tiene límites esfumados, es contradictoria y, finalmente, laberíntica.

Juan Rulfo ha sido catalogado dentro de una corriente *neorrealista*, que reanuda sus lazos con el criollismo al afirmar una concepción político-social de la literatura, cuyo énfasis desemboca en los propósitos de modificar la conciencia social y de cambiar la realidad. Esta preocupación, si la hay de manera tan definida, es sin embargo, puesta en forma desde una perspectiva completamente diferente e ignora los escollos de cualquier militancia. El mundo narrativo, conformado desde dentro, el lenguaje extremadamente trabajado, buscan apoderarse del mundo que encarnan y fundirse con él. La obra de Rulfo incorpora nuevas esferas de origen popular, que hace del mito y de la conciencia mítico popular el fundamento de su mundo narrativo.

Rulfo trae a la prosa mexicana con sus cuentos de *El llano en llamas* de 1953 y con su novela *Pedro Páramo* de 1955, la subjetividad del hombre que quisiera aferrarse a su mundo mientras todo se le desmorona.

El hombre que puebla las páginas de *El llano en llamas* es el campesino de la región de Jalisco, morador huérfano de un mundo al borde de la desintegración, en el que deambula portando un callado sentimiento de soledad y abandono. La vida ha hecho de este hombre un ser introvertido hasta el hermetismo, ensimismado en obsevivos pensamientos que encierran la frustración y la culpa. Para él la vida y la muerte son valores afines, expresiones ambas de un destino fatal tolerado con parco

estoicismo. Pese al fatalismo que tal existencia conlleva, este hombre es capaz de adherir a una fe compulsiva que es sólo la negación inconsciente de la derrota inminente. Este mundo tiene una acentuada tonalidad mítica. La actitud fundamental del campesino rulfiano frente a la vida podría definirse en los términos de una representación simbólico-mítica del universo.

En efecto, en *El llano en llamas*, lo mítico está representado por una estructura de pensamiento que se instala en el ámbito de la mentalidad primitiva. Sin embargo, esta estructura de pensamiento es particular; su particularidad reside en que en el mundo rulfiano el mito ha perdido su eficacia siendo incapaz de reasegurar subjetivamente la existencia humana.

En el mundo mítico eficiente, las relaciones del hombre con las cosas están aseguradas y el contacto del hombre con la naturaleza es directo, impregnado de una espontánea sensación de pertenencia. Cuando, a causa de la naturaleza cambiante del mundo, se rompe esta armonía, los fenómenos son categorizados como anormales apareciendo así la angustia; todo termina en la realización de actos de conjuro tendientes a restituir la normalidad. Es así como el rito permite al habitante de un tal mundo ingresar a un espacio y a un tiempo sagrados que son elevados a la categoría de supremas y únicas realidades. El hombre vive de este modo en la seguridad de la trascendencia, de la eternidad y de la renovación constante y periódica, seguridad que lo protege del espacio y del tiempo cósmicos, sujetos a la contingencia a la transformación y al desgaste. El conjunto de rituales que forma parte de la estructura mítica del mundo juega el importante rol de dar al hombre un marco ideológico dotado de gran eficiencia para asegurar la vida humana en el mundo.

Al enfocar la obra de Rulfo a la luz de estas consideraciones podemos notar que lo que la caracteriza es la presentación de un mundo en el que los principios ordenadores del mundo mítico están presentes pero no son operantes. Sin haberse perdido la estructura mítica, sin haberse superado el mito, el hombre asiste a un mundo cuyas coordenadas se han degradado.

En *El llano en llamas* habría que destacar como fundamentales los sentimientos de soledad y abandono sentidos oscuramente por los personajes. Estos pueden, inconscientemente, intentar recuperar aquellos elementos que un día pudieron haberles asegurado su existencia. La esperanza se traduce en anhelos individuales, en íntimas ilusiones siempre frustradas. El conjunto de los cuentos deja la sensación de un perenne fatalismo. Los personajes rulfianos están poseídos por aquella culpa mítica "no por difusa menos viva e imborrable". Si la estructura mítica está presente en *El llano en llamas* está presente para mostrar el derrumbe de un cosmos.

El análisis de la coordenadas de espacio y tiempo muestra claramente la degradación del mito en el mundo rulfiano. Los índices espacio temporales se fusionan en la obra en un todo inteligible y concreto. El tiempo se condensa, se

vuelve compacto, mientras que el espacio se abisma en el movimiento del tiempo. Una demostración evidente de la relación del hombre rulfiano con su mundo se da en el espacio. Hombre y espacio pueden a veces fundirse, otras rechazarse o encadenarse. El espacio es solidario y congruente con un mundo personal lleno de conflictos y hostilidades. En otras palabras, hombre y espacio son espejo el uno del otro.

Una primera incursión en este espacio revela su ausencia de fertilidad. En este espacio agresivo el vivir tiene el carácter de un sacrificio. La soledad humana se asimila a las grandes extensiones yermas. El llano grande que se les ha ofrecido a los campesinos para que lo trabajen es un peladero calcinante, un caos inmóvil en donde nada puede sobrevivir. El destino común del hombre y del espacio llega, en algunos cuentos, a la fusión completa de ambos. La fusión con la naturaleza es siempre un reflejo de lo negativo. Así, la inundación de un río en un pueblo es también el proceso de interiorización del mal en uno de los personajes. En otros cuentos, la agresividad de la tierra devastada es congruente con la conciencia del hombre cargada de culpabilidad y desesperanza. Perdida la armonía del cosmos, los personajes participan de este desequilibrio lo que los lleva a una suerte de fragmentarismo. Así, a veces, la historia se fragmenta porque los personajes pierden la memoria.

La ruptura del equilibrio del cosmos se muestra en la inversión del simbolismo de los elementos naturales. Así, por ejemplo, el sol -universalmente fuente de vida- transforma la tierra en un infierno, en un llano en llamas por donde los hombres transitan sin hablar para no consumirse. La tierra castigada por el sol engendra personajes semialucinados, aprisionados en el polvo que se levanta de su costra reseca. El polvo y el sol tornan al mundo impreciso e inaccesible, en congruencia con el sentimiento de desorientación del hombre.

El símbolo de la luz cumple también una función inversa a la significación simbólico mítica habitual. La religión cristiana propone un mundo ordenado en el que el camino del bien es el camino de la luz. A las tinieblas quedan relegados aquellos que mueren sin purificación. La suprema aspiración del hombre es la contemplación de la luz divina. Pero la luz de los santuarios no puede aliviar el dolor y la desesperanza y las tinieblas pueden servir, a veces, para ocultar al hombre la visión de su propia miseria. Cuentos como *Talpa* o *Macario* son ejemplos de lo que afirmamos. *Talpa* muestra la vida como un ciego caminar tras una ilusión imposible. Al hombre corroído por el mal físico o moral sólo le queda el descanso en el olvido transitorio de la noche en espera de la noche final de la muerte.

En otros cuentos, al contrario, la noche puede ser el espejo más nítido de la miseria. Por ejemplo, *Luvina* o un cuento como *No oyes ladrar los perros*. Un padre, con su hijo a cuestas, avanza en una angustiada noche por el camino a Tonaya, en donde espera encontrar un auxilio para su hijo herido de muerte. En

este cuento el espacio está creado por la luz de la luna. Su luz mortecina se introduce en la angustia de la noche para iluminar de manera creciente el creciente cansancio y dolor del padre junto a la agonía del hijo. La atmósfera que rodea este drama humano adquiere una dimensión ceremonial. El carácter premonitorio de muerte que da la luna se encuentra tanto en su carácter simbólico como en la tensión que produce la luz espectral como simple elemento escénico. El cuento entero es un paulatino ingreso al ámbito de la muerte. La luna presenciara la muerte del joven y hará más duro el sacrificio del padre, sacrificio estéril como lo es todo acontecer de este mundo rulfiano.

Junto a este espacio, existe en algunos cuentos de la colección un espacio diferente, muy brevemente esbozado y que aparentemente estaría en contradicción con el cosmos degradado que venimos proponiendo. Este espacio "armonioso" es una de las formas de plasmarse la ilusión humana. En efecto, los campesinos de estos cuentos se mueven siempre a la búsqueda de "algo". "Algo" que de ser encontrado aportaría la salvación. Esta ilusión puede manifestarse en la búsqueda de un espacio, a veces vago e impreciso. El espacio al que se anhela llegar adquiere así características de centro sagrado, capaz de otorgar la paz, la seguridad y la salud.

Quisiéramos detenernos ahora en la representación del tiempo en la obra.

En la concepción mítica, el tiempo no es una sucesión ni un tránsito sino un manar continuo de un presente fijo. Hay una voluntad de fijar el tiempo reemplazándolo por la invención de un tiempo sagrado que rescate las cosas del desgaste y que salve al hombre de la muerte. La repetición periódica del tiempo es sentida como una creación que lleva implícita cada vez el acto cosmogónico primordial. Esta concepción de una regeneración cíclica implica necesariamente la abolición de la historia.

La naturaleza es el símbolo a través del cual se expresa con mayor evidencia el ciclismo del tiempo. Considerada como una entidad única, completa, renace todos los años en una primavera que sigue al tiempo del letargo. De esta manera, en la mentalidad mítica quedan indisolublemente unidos los conceptos de tiempo y espacio en una sola entidad paralógica.

En el mundo presentado por Rulfo, el ritmo telúrico se ha agotado, la naturaleza ha perdido su función regenerativa. La armonía espacio tiempo se ha quebrado y por lo tanto, la naturaleza está reducida a la categoría de antitorada. Los elementos asociados al ritual de la regeneración se dan sólo bajo sus formas destructivas. Los vestigios de periodicidad son siempre devastadores, a las sequías calcinantes pueden suceder aguaceros y ventarrones y ya sabemos cómo en la representación mítica las tormentas y diluvios constituyen elementos productores de una regresión a lo amorfo. Lo mismo sucede con el fuego y el calor, "visión apocalíptica en la cual el verano tórrido se concibe como caos".

Una identificación se establece entre el ciclo vital humano y el de la naturaleza. Es la analogía establecida desde los albores de la humanidad entre la tierra y la mujer. Ambas marcan un ritmo que expresa la promoción de las fuerzas vitales. En el pensamiento mítico la promoción de las fuerzas de la vegetación se relaciona directamente con la unión de la pareja humana, en un ritmo vital que se traduce en el acto biocósmico que instaura la fertilidad y la opulencia en el mundo. En los cuentos de Rulfo la relación arquetípica entre la tierra y la mujer se mantiene, pero la mujer lejos de encarnar los elementos vitales del universo constituye un símbolo más de la degradación. Cuentos como *Luvina*, *Anacleto Morones*, *Talpa*, lo plantean de manera ejemplar.

La configuración hombre - espacio - tiempo, indisolublemente unida en sus elementos constitutivos tiene otras manifestaciones interesantes de destacar.

Un aspecto importante del ciclismo temporal se encuentra cuando se indaga en la conciencia de los personajes. La gran mayoría de las veces se nos presenta hombres que viven girando en torno a un recuerdo que los sustrae del devenir del mundo exterior. Esta obsesión los sumerge en un tiempo inmóvil, subjetivo, de gran importancia en tanto que constituye el núcleo de la experiencia vital. Es el recuerdo, tantas veces obsesivo, el que confiere sentido a la vida. De acuerdo a lo que hemos venido planteando, la vivencia temporal está aquí también degradada. El ingreso al tiempo del recuerdo no sustrae al hombre de una realidad hostil para permitirle el refugio en un mundo interior de bienestar. El tiempo interior en Rulfo es aquel del quiebre moral, de la desilusión y de la derrota. Es un tiempo aislante en donde toda relación con la comunidad ha desaparecido. El tiempo de la evocación es un tiempo cerrado. Las ideas se repiten en monólogos que giran en un lenguaje también circular.

El recuerdo de los acontecimientos personales desvinculados de todo arquetipo se transforma en algo insoportable : el recuerdo se vive como pecado, como dolor, porque a través del recuerdo puramente personal el hombre siente agudamente su desarraigo del mundo. Por el camino del sentimiento de soledad llegamos al mundo de la culpa. Culpa que en el mundo mítico es borrada a través de la expiación ritual. En el mundo rulfiano, al contrario, la confesión y la penitencia son ineficaces. El continuo girar en torno a un pasado pareciera ser el único intento de encontrar una expiación, un perdón. De esta manera, el recuerdo pasa a ser un acto ritual. En la novela *Pedro Páramo* esto es mostrado en toda su magnitud : allí los muertos disponen de todo el tiempo de la muerte para recordar sin descanso sus vidas.

Otro aspecto de la vivencia temporal de los cuentos la observamos en la repetición pasiva de los mismos actos de generación en generación. Se nace, se sufre y se muere. El descanso definitivo es la muerte. Pero la muerte es también un espejo que refleja las vanas gesticulaciones de la vida. Vida y muerte se prolongan en un ciclo infinito.

Así, el acontecer se sitúa en un círculo temporal ajeno a la historia. El lenguaje de estos hombres junto con manifestar su mundo interior es expresión del murmullo del inconsciente colectivo. Esta visión mítica del tiempo hace que todo acontecer histórico quede sumergido en la visión mítica del mundo. Desde esta perspectiva, la Revolución implica un intento de fundación, que como todas las acciones de este mundo, resulta frustrada. La Revolución termina siendo un rito violento e ineficaz que se funde en las fuerzas que condicionan el desmoronamiento del mundo.

Quisieramos terminar señalando que la representación que Rulfo nos da del mundo campesino de Jalisco, con sus creencias, su inmovilismo, sus carencias, más allá de su aparente distancia, es ejemplar. Ella es la vía de entrada a la comprensión de un pueblo que se busca a sí mismo. Juan Rulfo ha sabido darle la palabra con gran respeto humano y maestría de artista.